

nes: son horas de tregua á las faenas y sinsabores de la vida.

Durante las ocho noches que preceden á la de Navidad, en todos los hogares se celebran las tradicionales *Posadas*, mezcla de devocion y de diversion mundana, en que se reza un poco, se instala en improvisado altar á los peregrinos, y se baila y se canta, despues de obsequiar á los concurrentes con juguetes llenos de dulces.

Por donde quiera se oyen cohetes atronando los aires; las casas están iluminadas, y á través de los balcones óyense los acentos de alegre música, y se ven pasar, vertiginosamente, las sombras de las parejas que bailan regocijadas. . . ¡Cuánto goza la juventud en esas fiestas, y qué indelebles recuerdos dejan éstas en muchos corazones! . . .

Son ya las últimas del año; la noche de San Silvestre se acerca, y pasadas sus tristes horas, volverá á comenzar la batalla de la vida, á la cual no bastan á dulcificar esos fugitivos instantes de esparcimiento y de placer.



TEATROS.

I

EL teatro! espectáculo risueño y moralizador cuando está bien encaminado; escuela de costumbres, que lo mismo sirve ó puede servir para reprobado y corregir las malas, que para formar las buenas; palenque difícil en que luchan todos los sentimientos y todas las pasiones, y en que el triunfo corresponde á quien mejor sabe mover los secretos resortes del corazon humano; piedra de toque, por último, que sirve para enternecer el alma, fortalecer la voluntad, encender nobles propósitos, é infundir elevadas y generosas aspiraciones.

Ante ciertas escenas trágicas y ante algunos cuadros dramáticos, dibujados por un talento vigoroso, brota en el corazon del espectador la maravillosa fuente del sentimiento, rica, limpia y fecunda como el claro manantial que sale del seno de una montaña despues del sacudimiento de un terremoto.

No todos los espectáculos teatrales causan en quienes los contemplan una misma impre-

sion, ni despiertan idénticos pensamientos. Diversas son las emociones que embargan los ánimos, cuando se ven en la escena episodios y circunstancias de la vida humana. Mas no por eso debe desconocerse que aquellos son casi siempre saludables á la manera de ser moral de cada uno. Raras veces se obtiene como fruto de un espectáculo teatral un pensamiento impuro, una idea perversa, ó un propósito de faltar y envilecer el corazón.

Adviértase, sin embargo, que al expresarnos así, nos referimos á aquellas personas que buscan en la escena algo más que un frívolo pasatiempo; no á las que asisten á los coliseos llevadas de una vanidad pueril; ni ménos á las que buscan en los espectáculos un incentivo á sus pasiones. El hombre sensato, observador y estudioso acude á esos centros de reunion, para recoger un dato que le sirva de base á sus reflexiones y estudios: va allí para conocer las tendencias del arte dramático contemporáneo, los progresos que en él se alcanzan, y también la manera con que son recibidas por el público ciertas alusiones picantes, ciertos rasgos de ingenio y de carácter con que los autores suelen adornar sus producciones. Todo esto forma un conjunto de accidentes especiales que son de inestimable precio para quien sigue atentamente la marcha de una sociedad.

II

En México, por desgracia, tiempo há que los espectáculos teatrales que se ofrecen á nuestro público, se hallan en una triste decadencia. Y de aquí que la representacion de obras dramáticas no tenga ya para la generalidad el interés que debería tener; un interés filosófico, literario y social.

Opera bufa y zarzuela, dramas y comedias que no logran conmover el corazón de una manera profunda y saludable; circos donde se ven prodigios de habilidad y destreza, que sólo sirven para ejercitar eficazmente los nervios: hé aquí lo único que nos ofrecen los teatros, desde hace algun tiempo.

La buena comedia, la comedia que hace sentir y meditar; los cuadros de costumbres que corrigen divirtiendo: el sainete lleno de donaire y de gracia, salpicado de sátiras y de ironías de buena ley, de chistes oportunos y decorosos, todo esto parece que ha quedado proscrito para siempre de la escena de nuestros teatros.

Hubo un tiempo, todavía no muy lejano, en que el movimiento dramático fué notable y feundo entre nosotros. La literatura nacional recogió verdaderas joyas, que hoy guarda y conserva con predileccion. El Sr. Peon y Contreras, poeta lírico de gran aliento, con sus dramas caballerescos é interesantes, con sus hermosos cuadros, sus gallardas figuras,—engalanado y realzado todo con una versificacion espléndida—restauró en momento feliz la escena mexicana,

recordando los tiempos en que Rodriguez Galvan y Fernando Calderon ensayaban la formacion de un teatro esencialmente nacional.

Entónces, no sólo los literatos y los poetas se sintieron estimulados para escribir, sino que el público, dando una prueba elocuente de buen gusto y hasta de patriotismo, acudía con entusiasmo á aplaudir las producciones del ingenio mexicano, prefiriéndolas á veces á las de autores extranjeros.

Hoy, nada de esto sucede: en vano se esfuerzan las empresas; en vano se ponen en escena las obras que más deberían interesar á nuestro público. Una indiferencia glacial cae sobre el entusiasmo que muestran los actores y algunos amigos del arte. No hay crítica dramática, y esta falta constituye tambien otra de las causas de decadencia de los espectáculos teatrales.

Y es lástima, porque éstos no deben faltar en una sociedad culta y de buen gusto, pues el teatro es hoy uno de los medios más usados, y no sabemos si más necesarios y eficaces, para infundir en los individuos generosos sentimientos y nobles aspiraciones. Representándose en las tablas escenas de estricta moralidad y de justicia, en las cuales quede enaltecida la virtud y humillado el vicio; poniendo á la vista del espectador cuadros en que haya luchas de innegable trascendencia moral, y una pintura exacta de lo ridículo y censurable que se nota en las costumbres: encaminando, finalmente, todos los atractivos de una representacion dramática al mejoramiento de la sociedad y del individuo: tal es la manera de que el teatro llene satisfac-

toriamente su objeto en nuestros días, como lo llenó en la época ya lejana de Calderon y de Lope, de Tirso de Molina y de nuestro insigne Alarcon.

Y con las representaciones teatrales, no sólo se conseguiría este gran bien, cosa ya bastante importante para ser tomada en cuenta, sino que habría tambien motivo para que la literatura dramática progresase entre nosotros, ó por lo ménos, diera algunas señales de vida. Porque es triste y palpable el decaimiento literario á que hemos llegado.

Ningun libro nuevo, ningunos estudios de crítica ó de historia, ningun drama ni comedia, que comunique animacion y vida á nuestro teatro; nada, en fin, que dé indicios de que aquí se trabaja intelectualmente, y se procura ir adelante en el sendero de la instruccion y del buen gusto. La rutina, la imitacion, el falseamiento de todo lo bello y de todo lo bueno: hé aquí lo único que tenemos. Tiempo hace que nos hemos conformado con cuanto nos viene de allende los mares: leemos libros, novelas y versos de autores extranjeros: en nuestros teatros se representan obras de autores españoles, ó traducidas del francés; los establecimientos tipográficos reproducen obras de otros países, y así todo lo demás: nada nacional, nada nuevo, nada que tenga el sello de nuestras costumbres y de nuestro modo de ser.

Proviene esto en gran parte de la apatía y pereza de nuestro carácter, no ménos que de la inconstancia y mal gusto del público; y sobre todo, de la facilidad que se encuentra en satis-

facier las necesidades literarias, echando mano de lo que ofrecen literaturas extrañas. Una compañía dramática, por ejemplo, ¿para qué ha de representar una obra nueva de autor mexicano, de éxito dudoso, si tiene á su alcance todas las de Echegaray, de Blasco y de otros autores reputados, que sabe han de ser aplaudidas? Y á su vez, un escritor nacional, ¿para qué se ha de afanar en producir un drama ó una comedia, si tiene la seguridad de que jamás la verá representada en las tablas?

III

Y no se diga que el público mexicano ha carecido de buena escuela para formar su gusto.

En distintas épocas han visitado nuestra escena excelentes compañías dramáticas, y desde la que dirigía la eminente artista Adelaida Ristori, hasta las que últimamente han trabajado en nuestro Teatro Nacional, y de las cuales formaban parte Sarah Bernhardt, Coquelin, Emanuel y Virginia Reiter, todas ellas nos han dado á conocer las obras más selectas del repertorio contemporáneo. Años atrás, vinieron también el actor español D. José Valero, la Sra. Tessero, y Doña María Rodríguez, sin contar otras muchas compañías de segundo orden, pero no escasas de mérito, que obsequiaron á nuestro público con representaciones dignas de su cultura.

Pues bien: la influencia que esos bien ordenados espectáculos han ejercido en nuestro público para formar su buen gusto, no ha sido tan eficaz ni tan extensa como á primera vista pu-

diera creerse, lo cual se confirma con observar que en muchos casos no era el amor al arte, sino la moda y la vanidad, las que obligaban á muchos á asistir á nuestro Coliseo.

Las representaciones de dramas y comedias pertenecientes á los buenos tiempos del teatro español, parecen haber pasado ya para siempre entre nosotros, pues ni el público asiste á ellas con gusto y con entusiasmo, ni las empresas se atreven ya á anunciarlas en sus carteles, temerosas de un triste fracaso.

¡Qué lamentable y rápida decadencia la del arte dramático! ¡Cómo se desconsuela el ánimo al ver desiertos nuestros coliseos cuando en ellos trabaja una Compañía de verso, y henchidos de compacta concurrencia cuando se representan zarzuelas! Porque en estas aficiones del público está el secreto de lo que nos sucede. Murieron en México, al parecer, el buen drama y la buena comedia. Acabaron aquellas reuniones animadas en que la sociedad mexicana aplaudía con estrépito la obra de algun poeta español ó nacional, porque aprobaba la idea encerrada en él, comprendía la combinacion y trama de las escenas, el buen orden seguido en el desarrollo de la accion, y sabía estimar las dificultades vencidas.

Terrible y decisiva es la prueba por que está pasando en estos momentos nuestra literatura dramática. Y lo peor es, que en medio de esta desventura no queda siquiera el consuelo de que una cosa mejor venga á sustituir la honesta diversion que ántes se buscaba en el teatro; no. Lo que aquí triunfa ahora es lo frívolo, lo lige-

ro, lo que no tiene importancia alguna ni para la moral ni para el arte.

El teatro morirá para siempre en México, si á tiempo no viene un redentor que lo salve del abismo donde está próximo á caer.



ESPAÑA EN MÉXICO.



AMOS á dejar consignado en este artículo un hecho que honra al pueblo mexicano, porque revela que al fin se ha operado en él un cambio de sentimientos respecto de España, como lo exigieron por mucho tiempo la verdad y la historia.

Fresco está aún en la memoria de muchos el recuerdo de las hostiles manifestaciones, de los amargos reproches, de las tremendas é injustas apreciaciones de que se hacía víctima á la metrópoli española, no sólo por el pueblo ignorante y preocupado, sino tambien por los mismos que con sus luces y sus estudios debían ilustrar su criterio.

En efecto: se decía en todos los tonos que España, despues de conquistar la América á sangre y fuego, destruyendo así razas, civilizaciones, pueblos, etc., la había mantenido en la más profunda abyeccion y en la más torpe y criminal ignorancia; y que léjos de hacerla partícipe de los beneficios de la cultura cristiana,

se aprovechó durante tres siglos de cuantos elementos de riqueza ha derramado Dios sobre este suelo.

Se agregaba que España sólo se había ocupado en buscar con solícito esmero los medios más seguros de mantener en la opresión á los pueblos vencidos; de lo cual resultaba que éstos permanecían siempre en un lamentable estado de atraso, de humillación, de triste envilecimiento, en lugar de levantarse á la altura á que por sus condiciones favorables estaban llamados.

¡Ah! los que esto decían, ignoraban la historia, desconocían los hechos mejor dilucidados, y cerraban sus ojos á la luz con una obstinación sin ejemplo.

Todas las épocas de conquista han tenido sus horrores; y no es extraño que en la de México los hubiese habido también, y más cuando se considera que tan sólo un puñado de hombres valerosos luchó con pueblos enteros y conquistó dilatadísimos imperios. Justo es conceder que quien de esa manera se arrojó á una empresa sin igual en la historia, debió emplear todos los medios adecuados al logro de ella, siquiera fuesen sangrientos y terribles.

Pasada aquella era de catástrofes y de sangre, vinieron otros conquistadores, los conquistadores de almas; y éstos, con su dulce y persuasiva palabra, restañaron las heridas del pueblo vencido y derramaron sobre ellas el consolador bálsamo del cristianismo. Ya desde entónces, España sólo pensó en llenar de beneficios á estos pueblos, que habían agregado á su corona un nuevo florón, una nueva joya de que debería enorgullecerse.

Y vinieron á América gobernantes prudentes y justicieros, magistrados íntegros, prelados y sacerdotes llenos de sabiduría y de virtud.

La ignorancia y la mala fé de algunos decían ántes sin cesar, que el gobierno colonial había puesto diligente cuidado en mantener á la raza indígena de América en una perpétua abyección, sin educarla, sin ilustrarla, sin hacerla conocer las delicias inefables del trabajo intelectual; pues que de ese modo aseguraba la metrópoli su poderío en estos vastos territorios. Agregábase que aquí los pobres indígenas no sirvieron nunca para otra cosa, sino para trabajar en crudas y pesadas tareas, cultivando en medio de molestias infinitas los campos, y sacando ricos metales de las minas; todo lo cual redundaba sólo en beneficio de la clase privilegiada de la colonia. Cierto es, sí, que la raza indígena sufrió en México grandes vejaciones y dolores, y que más de una vez fué víctima de la codicia de los conquistadores; pero también lo es que, en primer lugar, semejantes acontecimientos eran cosa natural en una época como aquella, en que el derecho de conquista daba señaladas prerrogativas á los hombres valerosos y audaces; y en segundo lugar, que tanto los hombres buenos que vinieron de España (especialmente los misioneros), como el Gobierno mismo de la Península, procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance, poner coto á aquellos abusos y arbitrariedades. Allí están, si no, los nombres del P. Gante, de Fray Bernardino de Sahagún, del P. Motolinía y de cien más, que la historia no se cansará de bendecir; y allí está también la

famosa coleccion de *Leyes de Indias*, expedidas por los monarcas españoles para beneficio y utilidad de la raza vencida.

Desgraciadamente, si “las rectas intenciones de los soberanos nunca flaquearon—como dice un escritor—no siempre supieron llevarlas á efecto sus empleados.” Las extorsiones sufridas por los indios fueron numerosas, “á pesar de que nada había recomendado tanto el rey, *como que fuesen bien tratados*, y relevados de los cargos que sufrían.” Y rara vez sucedió que el gobierno guardara consideracion á empleados infieles, ni los conservara en sus puestos por temor ó necesidad. No quedaba impune el merecedor de castigo, y más se pecaba por severidad que por indulgencia. * Por donde se ve que las desgracias del pueblo vencido tenían su origen en los excesos de las autoridades secundarias, como todavía se ve en estos tiempos, y en la índole perversa, desmedida codicia é insaciable sed de mando de algunos empleados y funcionarios; mas nunca en el deliberado propósito atribuido por algunos al gobierno español, de querer aplicar en provecho de la metrópoli el trabajo y los sacrificios de los indios.

Los misioneros, con sus palabras de paz y de dulce persuacion, llevaron á las oscuras inteligencias de los indios abundantes rayos de purísima luz; y en seguida fundaron escuelas y colegios, donde los niños indios iban á ilustrarse.

Las *Leyes de Indias*, sobre todo, llenas de

(*) García Icazbalceta *D. Fray Juan de Zumárraga*, caps. III y IV.

prudencia y de sabiduría, estaban encaminadas á procurar el mejoramiento de la raza indígena por medio de la instruccion. Las puertas de la famosa Universidad de México se abrían para todos, hijos de españoles é hijos de los indios; dando pruebas estos últimos de notable precocidad, de ingenio y de raras dotes para todo género de estudios. Los nombres de Ixtlilxochitl, de Tezozomoc, de D. Diego Muñoz Camargo, de Juarez y de otros cuya lista sería interminable, poetas unos, historiadores otros, dan claro testimonio de que la raza indígena, cuando tuvo proteccion y amparo, floreció y engalanó la corona de la metrópoli con producciones que todavía hoy son estimadas.

Y el comercio, y la industria, y la minería y todo lo que significa un paso en la senda del progreso material, se ensanchó hasta donde fué posible, atendidos los tiempos y el espíritu de la época.

Si al proclamarse, pues, la independencia, México no alcanzaba todavía el grado de civilizacion que querían algunos, culpa fué del tiempo y no de España, segun la oportuna y galana observacion de un poeta célebre.

Pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que España hizo con sus colonias de América lo que le inspiraba su amor de madre, y les legó el mayor número de bienes que á su alcance estuvo darles; todo lo cual, volvemos á decir, se desconocía ó se olvidaba, no sabemos si por ignorancia ó por mala fé de los que debían ilustrar y dirigir el criterio popular. De aquí las maldiciones á España y á los españoles, los discursos

rencorosos, la saña y la diatriba de que estaban llenas las oraciones cívicas de Septiembre.

Hoy no sucede así: hoy el pueblo manifiesta su júbilo sin verter frases ni improperios contra la que fué nuestra metrópoli. Hoy todos buscan en la historia la explicacion de hechos que ántes no comprendían. Hoy se reconocen las buenas obras de España en América, y nadie niega que la primera semilla de civilizacion sembrada en este suelo por los españoles está dando sus frutos, frutos que se manifiestan en esta hidalguía del corazon mexicano, en este amor á la familia y á la patria, en este anhelo vivísimo y creciente de ver á México grande, próspero y feliz.



ANIVERSARIOS.

I

Marzo 3 de 1880.



IMPOSIBLE que en México se borre nunca la memoria del Sr. D. Anselmo de la Portilla, ni que se olviden por nadie los méritos que él contrajo desde su llegada á nuestro país. * Los servicios que prestó á México y á España, reconciliando los ánimos de los hijos de ambos pueblos, por medio de una predicacion pacífica y persuasiva de la verdad histórica, se recordarán siempre en nuestra patria con intensa y honda gratitud; porque merced á esa obra laudable del Redactor de *La Iberia*, acabaron para siempre aquellos ódios y rencores, aquellas manifestaciones hostiles y aquellos agrios resentimientos entre españoles y mexicanos, que más de una vez turbaron la confianza y la armonía entre ellos, al grado de querer provocar gravísimos conflictos entre las dos naciones.

(*). Véase su biografía en otro tomo de esta coleccion